

Capítulo 1

*Fuerte William, las Tierras Altas de Escocia,
Agosto de 1716*

Monstruoso y poderoso, enseñando los dientes como una fiera salvaje, el Carnicero se incorporó tras abalanzarse sobre el soldado inglés y le observó caer sin vida a sus pies. Se apartó el pelo húmedo de la cara, se arrodilló en el suelo y sacó las llaves del bolsillo del hombre muerto. Luego prosiguió en silencio a través del frío pasillo del barracón, ignorando el hedor a sudor rancio y a ron, mientras trataba de localizar la escalera que le conduciría a su enemigo.

La fría bruma de la muerte le embargaba, reforzando su ferocidad, conduciéndole hasta la cima de la escalera, donde se detuvo frente a la pesada puerta de roble de las dependencias de los oficiales. El Carnicero se detuvo unos instantes para aguzar el oído, por si percibía los inoportunos pasos de otro joven y tenaz guardia, pero sólo oyó el sonido de su trabajosa respiración y el latir de su corazón mientras saboreaba este esperado momento de venganza.

Se ajustó el escudo que llevaba atado a la espalda y oprimió con fuerza el mango recortado del hacha, una Lochaber. Tenía la camisa manchada de tierra y sudor tras varios días a caballo y noches durmiendo sobre la hierba, pero todo había valido la pena, pues por fin había llegado el momento. El momento de abatir a su enemigo, de eliminar el recuerdo de lo ocurrido ese gélido día de noviembre en

el manzanar. Esta noche mataría por su clan, por su país y por su amada. No tendría misericordia. Atacaría a su enemigo, y acabaría con él rápidamente.

Insertó la llave en la cerradura con mano firme, entró en la habitación y cerró la puerta a su espalda. Esperó un momento a que sus ojos se adaptaran a la oscuridad, tras lo cual se encaminó sigilosamente hacia la cama en la que dormía su enemigo.

Lady Amelia Templeton soñaba con una mariposa, que revoloteaba sobre un brumoso campo de brezo, cuando un leve ruido hizo que se incorporara en su lecho. O quizá no fuera un ruido, sino un presentimiento. Una sensación de desastre. El corazón empezó a latirle con fuerza, y abrió los ojos.

Era una pesadilla. Hacía años que no la tenía, desde que era una niña, cuando las imágenes de la matanza que había presenciado a los nueve años seguían grabadas a fuego en su mente. Ese día aciago, había oprimido su naricita contra la ventana del coche y había contemplado una batalla feroz entre una banda de montañeses rebeldes y los soldados ingleses enviados para escoltarlas a su madre y a ella hasta Escocia. Se dirigían allí para visitar a su padre, un coronel del ejército inglés.

Amelia vio a los sucios escoceses rebanarles el cuello a los soldados y golpearlos hasta la muerte con unos pedruscos que habían cogido en la carretera. Oyó los gritos de agonía, los desesperados ruegos de misericordia, rápidamente silenciados por las afiladas hojas de acero que les clavaban en el corazón. Y cuando creyó que todo había acabado, cuando los gritos y sollozos remitieron y se impuso un silencio sobrecogedor, un grotesco salvaje cubierto de sangre había abierto bruscamente la portezuela del coche y la había mirado con furia.

Amelia se había aferrado a su madre, temblando de miedo. El hombre la observó con ojos abrasadores durante lo que a la niña se

la antojó una eternidad, tras lo cual cerró la portezuela en sus narices y huyó al bosque con sus compinches. Habían desaparecido envueltos en la reluciente neblina de las Tierras Altas como una manada de lobos.

La sensación de terror que Amelia experimentaba ahora no era distinta, salvo que se mezclaba con la ira. Deseaba matar al salvaje que había abierto la portezuela del coche años atrás. Deseaba levantarse y gritarle, matarlo con sus propias manos. Para demostrar que no tenía miedo.

El suelo crujió, y ella volvió la cabeza sobre la almohada.

No, era imposible. Sin duda seguía soñando...

Un montañés se dirigía hacia ella a través de la oscuridad. El pánico hizo presa en ella, y se esforzó en ver a través de la densa penumbra.

Percibió el sonido de sus pasos, y de pronto el hombre se detuvo junto a ella, empuñando un hacha sobre su cabeza.

—¡No! —gritó Amelia, extendiendo las manos para detener el golpe, aunque sabía que la pesada hoja le cortaría los dedos. Cerró los ojos con fuerza.

Pero el hombre no la golpeó con el hacha, y Amelia abrió los ojos. El fornido salvaje se hallaba junto a su lecho, jadeando. Su hacha relucía bajo el resplandor de la luna que penetraba por la ventana. Tenía el pelo empapado de porquería, sudor o agua del río. Lo más terrible eran sus ojos, que centelleaban con la intensa furia del infierno.

—Usted no es Bennett —dijo con un marcado y áspero acento escocés.

—No, no lo soy —respondió ella.

—¿Quién es?

—Amelia Templeton.

El salvaje no había depuesto su macabra arma, ni ella había bajado sus temblorosas manos.

—Es inglesa —dijo él.

—Sí. ¿Y quién es usted para atreverse a entrar en mi alcoba de noche?

Amelia no estaba segura de dónde había sacado el valor para preguntarle de forma tan temeraria sobre su identidad mientras el corazón le martilleaba en el pecho.

El montañés retrocedió un paso y bajó el hacha. Tenía una voz grave y terrorífica.

—Soy el Carnicero. Y si grita, muchacha, será el último sonido que emita.

Ella se mordió la lengua, pues había oído hablar del brutal y sanguinario Carnicero de las Tierras Altas, el cual había cometido espeluznantes actos de traición y había dejado un reguero de muerte y caos tras él. Según afirmaba la leyenda, descendía de Gillean el del Hacha de Guerra, quien antaño había aplastado a una flota invasora de vikingos. El Carnicero nunca se separaba de su siniestra arma mortífera, y era un traidor jacobita hasta la médula.

—Si es quien dice ser, ¿por qué no me mata? —inquirió Amelia; cada poro de su cuerpo exhalaba temor e incertidumbre.

—Esta noche esperaba matar a otra persona —contestó él. Sus ojos astutos como los de un animal escudriñaron la habitación en busca de algún indicio de la persona a la que había venido a matar—. ¿De quién es esta habitación?

—Aquí no hay nadie más que yo —le informó ella, pero la abrasadora mirada del montañés se clavó en ella, exigiéndole que respondiera a su pregunta con más precisión—. Si busca al teniente coronel Richard Bennett, lamento decepcionarlo, pero se halla ausente del fuerte.

—¿A dónde ha ido?

—No lo sé con exactitud.

Él observó su rostro a través de la luz de la luna.

—¿Es usted su puta?

—¿Cómo dice?

—Si lo es, quizá le corte la cabeza ahora mismo y la deje aquí, en una caja sobre la mesa, para que Bennett la admire cuando regrese.

Amelia sintió un intenso terror que le oprimía la boca del estómago al imaginar su cabeza dentro de una caja. ¿Qué haría este salvaje con el resto de su cuerpo? ¿Arrojarlo decapitado por la ventana?

Se esforzó en respirar con normalidad, lenta y pausadamente.

—No soy la puta del coronel Bennett. Soy su prometida. Mi padre era un coronel del ejército inglés y el quinto duque de Winslowe. De modo que si piensa matarme, señor, hágalo de una vez. No le temo.

Era una descarada mentira, pero no quería que la viera acobardarse ante él.

La expresión del montañés mudó. Agarró con su enorme y fuerte manaza el mango de su hacha y la depositó sobre el borde de la cama. Amelia observó en silencio el peligroso gancho en la punta, que le oprimía el muslo. Contempló la gigantesca espada de doble filo que pendía junto a la pierna del montañés, y la pistola de llave de chispa que llevaba al cinto.

—Levántese —le ordenó éste, azuzándola con el mango del hacha—. Quiero verla bien.

Amelia tragó saliva para aliviar el nudo de temor que sentía en la garganta. ¿Acaso se proponía abusar de ella y violarla antes de matarla?

Que Dios se apiadara de ambos si lo intentaba.

El montañés la golpeó con más fuerza, de modo que ella retiró con cuidado las mantas y deslizó las piernas sobre el borde de la cama. Con los ojos fijos en los de él, sujetando con una mano el escote de su camisón, se puso de pie.

—Acérquese —le ordenó él.

Cuando Amelia avanzó unos pasos, observó las armoniosas líneas y los pronunciados ángulos del rostro del montañés, y la apa-

sionada furia que traslucían sus ojos, unos ojos como ella jamás había visto. Emitían una intensidad hipnótica, que la aferró del cuello y la mantuvo cautiva en su poder.

El Carnicero retrocedió, y ella le siguió. Percibía el olor varonil de su sudor. Tenía los hombros anchos, los bíceps abultados, las manos rudas y enormes. Eran las manos de un guerrero, curtidas por años de combate y matanzas.

Amelia se fijó en la feroz expresión de su hermoso rostro, y se estremeció. Por más que trataba de mostrarse valiente en estos momentos —y siempre había soñado con que se comportaría con valentía—, sabía que no podía medir sus fuerzas con su brutal agresor. Era imposible que lograra reducirlo, por más que se esforzara. Si deseaba violarla o matarla, lo haría. La derribaría al suelo con un rápido golpe de su mortífera hacha de guerra, y ella no podría hacer nada por evitarlo.

—Con respecto a su prometido —dijo él con voz ronca—, tenemos una cuenta pendiente.

—¿Va a utilizarme para saldarla?

—Aún no lo he decidido.

Un pánico asfixiante se apoderó de ella, cortándole el aliento. Deseaba gritar pidiendo ayuda, pero algo la paralizaba: un poder extraño, casi hipnótico, que convertía sus músculos en unos charcos inútiles de líquido.

Él se movió lentamente a su alrededor.

—Hace mucho que no he estado con una mujer. —Después de girar a su alrededor se detuvo ante ella, alzó su hacha y apoyó el gancho sobre el hombro de la Amelia. El terror invadió su mente al sentir el liso acero sobre su piel.

—¿Es su amada? —preguntó el Carnicero.

—Desde luego —respondió ella con orgullo—. Y él el mío.

Amaba a Richard con toda su alma. Su padre también había sentido gran estima por él. Y que Dios se apiadara de este sucio jacobita cuando su prometido se enterara de esto...

—¿De veras?

Ella clavó sus enfurecidos ojos en los suyos.

—Sí, señor. Aunque dudo que conozca el significado de la palabra «amor». No puede comprenderlo.

Él se acercó hasta que sus labios rozaron la oreja de ella. Su aliento caliente y húmedo la hizo estremecerse.

—En efecto, muchacha, la ternura y el afecto no significan nada para mí, y le aconsejo que lo tenga bien presente. Ya lo he decidido. La mataré a usted en lugar de a él.

El terror hizo presa en ella. Ese bárbaro iba a cumplir su amenaza. Estaba convencida de ello.

—Por favor, señor —dijo, esforzándose en suavizar la inquina que denotaba su voz. Quizá lograra distraerlo con un desesperado ruego de misericordia. Con suerte, alguien le habría visto entrar en el fuerte y acudirían en su auxilio—. Se lo suplico.

—¿Me lo suplica? —El montañés soltó una áspera risotada—. No me parece el tipo de mujer que suplica.

Gozaba con esto. Para él era un juego. No sentía la menor compasión.

—¿Por qué quiere matar a mi prometido? —preguntó ella, confiando en postergar lo inevitable.

Te lo ruego, Señor, que alguien llame a la puerta. Una criada. Mi tío. La caballería. ¡Quién sea!

—¿De qué lo conoce? —inquirió.

El Carnicero retiró el hacha del hombro de Amelia y la apoyó en el suyo. Siguió paseándose a su alrededor, como un lobo examinando a su presa.

—Peleé contra él en Inveraray —respondió—, y de nuevo en Sheriffmuir.

Los jacobitas habían sido derrotados en Sheriffmuir. Era el campo de batalla donde Richard había salvado la vida del padre de Amelia. Era por eso que ella se había enamorado de él. Había luchado con arrojo y coraje, con inquebrantable lealtad hacia la Corona,

a diferencia de este salvaje que se movía alrededor de ella, quien no parecía conocer las normas de la guerra. Parecía tan sólo empeñado en llevar a cabo su siniestra venganza personal.

—¿Pretende matar a todos los soldados ingleses contra los que combatió ese día? —preguntó ella—. Porque sospecho que le llevará bastante tiempo. Allí había también escoceses luchando por la Corona inglesa. Los Campbell, según tengo entendido. ¿Va a asesinarlos a ellos también?

Él se detuvo delante de ella.

—No. Es sólo a su prometido a quien deseaba rajar por la mitad.

—Lamento decepcionarlo.

Ante los ojos de la joven aparecieron unas imágenes de guerra y asesinatos. Qué injusto era todo. Su padre había muerto hacía tan sólo un mes, y ella había venido al Fuerte William bajo la tutela de su tío para casarse con Richard. Su protector.

¿Qué ocurriría ahora? ¿Sufriría una muerte atroz en esta habitación, bajo la pesada y fría hacha de un montañés, como en sus pesadillas infantiles? ¿O le perdonaría éste la vida para ir en busca de Richard y matar al hombre que ella amaba?

—No estoy decepcionado, muchacha —dijo el Carnicero tomando a Amelia del mentón con su mano encallecida y obligándola a alzar la cara y mirarlo—. Porque esta noche he tropezado con algo mucho más apetecible que infligir una muerte rápida y limpia a mi enemigo. Algo que le hará sufrir durante mucho más tiempo.

—¿Entonces va a matarme?

O quizá se refería a otra cosa.

Tratando de reprimir el nudo de temor que sentía en el vientre, la joven le miró con odio.

—Estoy prometida, señor, con el hombre al que amo. De modo que si piensa violarme, le prometo que gritaré con todas mis fuerzas. Puede matarme si quiere, porque prefiero padecer mil muertes atroces que ser violada por usted.

El salvaje achicó los ojos; luego profirió una palabrota en gaélico y le soltó el mentón. Se acercó al elevado armario donde Amelia guardaba su ropa.

Después de examinar sin miramientos los costosos vestidos de seda y encaje, los arrojó al suelo en el centro de la habitación, tras lo cual se fijó en una sencilla falda de gruesa lana marrón. La sacó del ropero, junto con unas bragas y un corsé, sorteó los otros vestidos y le arrojó las prendas que había seleccionado.

—Póngaselas —dijo—. Si va a venir conmigo, debe aprender un par de lecciones. —Acto seguido retrocedió y esperó a que ella se vistiera delante de él.

Durante unos momentos Amelia consideró sus opciones, y decidió que era mejor obedecerle, siquiera para ganar tiempo. Pero cuando imaginó poniéndose la falda y abrochándosela delante de él —para que ese bárbaro pudiera raptarla y llevársela a las montañas para hacer con ella Dios sabe qué— no tuvo el valor de hacerlo. Prefería que la golpeara hasta matarla.

Amelia enderezó la espalda. Este hombre la aterrorizaba, no podía negarlo, pero la intensidad de la furia que sentía superaba su temor. Antes de poder calibrar las consecuencias de lo que hacía, arrojó las prendas al suelo.

—No. Me niego a ponerme estas ropas, y a abandonar el fuerte con usted. Puede tratar de obligarme si quiere, pero ya le he dicho que si me pone una mano encima gritaré. De modo que si no sale de mi alcoba ahora mismo, lo haré. Le prometo que gritaré y no tardará en ser hombre muerto.

Durante lo que le pareció una eternidad, él la miró claramente sorprendido y desconcertado por su rebeldía. Luego su expresión mudó. Avanzó un paso lentamente, hasta que sus cuerpos se tocaban.

—De modo que es hija de Winslowe —dijo con voz grave y queda—. El célebre héroe inglés.

Ella sintió el cálido aliento del Carnicero en su sien, y el roce de su tartán contra la pechera de su camión.

Su corazón tembló al sentirlo tan cerca. Era como una especie de montaña de músculos viviente que respiraba. Apenas podía pensar o respirar debido al excitante efecto de su presencia, tan abrumadoramente próxima.

—Sí.

—Es audaz, como él. Me gustan las mujeres audaces. —El Carnicero tomó un mechón de su cabello, lo restregó entre sus dedos, se lo acercó a la nariz y cerró los ojos. Parecía como si absorbiera su aroma; luego le tocó la mejilla ligeramente y murmuró—: Y huele bien.

Amelia no respondió. No podía pensar. Todos sus sentidos se estremecían envueltos en llamas de terror y confusión. El calor hacía que se sintiera mareada.

—Quítese el camión —dijo él en voz baja—, ahora mismo, o se lo arrancaré yo.

Por fin Amelia recuperó el habla e hizo acopio de su última reserva de valor. Alzó los ojos y le miró sin pestañear.

—No, señor, no lo haré.

—¿Pretende ponerme a prueba, muchacha?

—Supongo que es una forma de expresarlo.

La mirada del Carnicero recorrió su rostro y se detuvo en sus ojos, escrutándolos; luego le miró los pechos. Ella sintió una extraña sensación en su vientre y trató de apartarse, pero él la sujetó del brazo y la retuvo contra él. Sus labios rozaron los suyos al decir:

—Esta es mi última advertencia. Le he dicho que se quite el camión, y si sigue desafiándome, no me hago responsable de mis actos.

Amelia le miró y meneó la cabeza.

—Y yo lo repetiré cien veces si es preciso. La respuesta sigue siendo no.